

Los millares de personas, que, aterradas miraban aquella escena, conociendo lo que iba a suceder, dejaron escapar un grito de horror.

Leopoldo, aconsejado por el sentimiento del amor y por el deseo de salvar a la joven que amaba, arrebató el fusil a uno de sus soldados, y con la velocidad del rayo se colocó en el sidio a donde marchaba a estrellarse el coche.

Todos le gritaban que se quitase, porque iba a perecer; pero él, sin inmutarse y resuelto a perecer o a salvar a la mujer que era su vida, desafió el peligro esperando a pie firme a los caballos que ya estaban casi encima de él.

De repente se escuchó un grito de asombro.

Uno de los caballos había caído muerto, atravesado el pecho por la bayoneta que ostentaba Leopoldo en su fusil, y el otro, no pudiendo arrastrar el peso, se detuvo, a pesar de los esfuerzos que hacía para continuar su carrera.

El coche, pues, no llegó a estrellarse.

La gente que iba dentro se había salvado.

En el instante mismo se abrió la portezuela, y salió un anciano a dar las gracias al que tan heroicamente se había manejado.

Era don Emilio que, al encontrarse con Leopoldo y saber que él era su salvador, le estrechó afectuosamente la mano diciéndole:

—Hoy más que nunca deseo que la honra de su padre usted quede probada para que usted forme parte de nuestra familia.

—¡Oh! ¡Eso sería el colmo de la felicidad!—contestó el joven inundado de gozo su corazón.

Un carruaje de alquiler de los que en aquel sitio se encuentran siempre, se acercó a una señal de don Emilio, para recibir a las personas que dentro estaban y conducir las a su casa, en tanto que el cochero de Landeta arreglaba la manera de llevar el suyo.

Al trasladarse de un coche al otro, el primero que bajó fué Duval, dando la mano a la hermosa Inés, y luego a la abatida Clotilde, que, pálida y débil, apenas podía sostenerse en pie.

El joven pintor se estremeció al ver los estragos que la horrible enfermedad había hecho en el sér idolatrado de su corazón.

Don Emilio, reconocido al importante servicio que acababa de prestarle Leopoldo, le presentó a su familia diciendo:

—Aquí tenéis al que acaba de salvarnos.

Clotilde dejó escapar una exclamación de placer, y sus mejillas se tiñeron con la púrpura del rubor.

Inés le estrechó la mano dándole las gracias en nombre de ella y de su protegida.

Duval se mordió los labios, y guardó silencio.

Poco después subieron las dos hermosas y Duval en el coche.

Don Emilio se quedó el último, estrechó fuertemente la mano del valiente joven, y volvió a repetirle en voz baja:

—Es usted digno del noble y tierno corazón de mi querida hija: deseo en el alma que la honra del padre de usted quede limpia para tener el orgullo de contarle a usted entre los miembros de mi familia.

Al terminar estas palabras subió en el coche.

Inés y Clotilde le dirigieron una mirada que inundó de dicha su corazón.

El carruaje partió.

Leopoldo le siguió con la vista.

El coche torció por la esquina de una calle.

Leopoldo lo vió desaparecer.

Exhaló un suspiro, y conmovido hasta lo más íntimo del alma, volvió a ponerse al frente de su compañía, y se dirigió a palacio soñando en un mundo de felicidad, y alarmado a la vez por el estado de abatimiento en que había encontrado a su amada.

CAPITULO IX

El lobo con piel de oveja

Retrocedamos ahora, para reanudar el hilo de la historia de algunos personajes, al día del pronunciamiento en que empezó el México la lucha entre Polkos y Puros.

Al terminar uno de nuestros capítulos, dejamos a la desgraciada Soledad esperando en su humilde cuarto la llegada del infame Willey, que se había valido de una carta fingida para llevarla de allí y triunfar de su virtud.

La noche estaba serena, pero oscura.

Las puertas de todas las casas, cerradas, por el temor que infunde toda revolución.

Por las calles no transitaba ninguna persona.

Sólo en las sólidas y elevadas torres de las iglesias, y en las azoteas de los edificios públicos se veían pasear, como

vagarosos fantasmas, a los imponentes centinelas, dejando escapar de vez en cuando el grito aterrador de: «¡centinela alerta!», que iba repitiéndose de torre en torre, hasta perderse a lo lejos como el ruido del trueno entre las montañas, anunciando la tempestad.

Sólo un hombre, sin insignia alguna militar cruzaba en aquel momento a toda prisa la lúgubre y espaciosa plazuela de Juan Carbonero.

En su fisonomía se marcaba la impaciencia y la ansiedad.

Parecía que algún grave asunto le obligaba transitar por aquellos sitios solitarios y excéntricos, a juzgar por su marcha veloz y la agitada respiración de su pecho.

Al llegar a la esquina del colegio de las Bonitas, se detuvo un instante para ver el rumbo que debía tomar; pero temiendo ser detenido por la fuerza que ocupaba el Hospital de Terceros que se descubría a la derecha, siguió rectamente por el colegio de la Concepción, pasó las dos calles de San Lorenzo, torció a la derecha tomando la de la Pila Seca, y doblando luego a la izquierda por la calle de la Cerca de Santo Domingo, llegó a la plazuela de este nombre, que es uno de los sitios destinados a los coches de alquiler.

El hombre dirigió la vista hacia el punto donde suelen encontrarse aquéllos, como si buscase alguno; pero notando que no había ni un sólo carruaje, dejó escapar una imprecación, arrancada por su impaciencia y mal humor.

—¿Se me frustrará otra vez mi plan? —dijo para sí con marcado enojo—. ¡Oh! ¡No! Es preciso aprovechar estos instantes en que Soledad está dispuesta a seguirme, creyendo que la voy a conducir a donde se halla su supuesto primo Félix. Perder esta oportunidad, sería renunciar a los goces que por tanto he suspirado. ¡Imposible! Me he propuesto alcanzar esta noche sus caricias estrechándola en mis brazos..., embriagarla con mi aliento, y lo conseguiré, aunque sea preciso andar todo México para encontrar un coche y alquilarlo a cualquier precio. Por aquí cerca, si no me engaño, hay una carrocería donde podrán proporcionarme uno, pagando bien..., sí; marchemos.

Y Willey se dirigió a la calle de la Perpetua que tenía enfrente.

Al haber andado poco más de la mitad de ella, se detuvo en una ancha puerta de una casa que estaba a la izquierda, y llamó con un grueso bastón que llevaba.

—¿Quién es?—preguntó una voz ronca desde adentro.

—Uno que quiere un coche.

—No se alquila ahora ninguno: hay pronunciamiento, y los cocheros se han marchado a sus casas desde muy temprano.

—Pagaré lo que se me pida.

—Ni aunque comprase usted el carruaje.

—Es para ver un enfermo que vive muy lejos: hágalo usted en nombre de la humanidad.

—Le he dicho a usted que no puede ser, porque no hay cochero ninguno en casa—contestó de mal humor el de adentro, al ver la tenacidad del solicitante.

Willey, desesperado, dió una patada en el suelo, y buscó en su memoria otras carrocerías.

—¡Ah! En la calle de Vanegas hay una donde podrán servirme... Sí..., corramos...

Y torció por la calle del Reloj, tomando luego a la izquierda por la de San Ildefonso.

—¿Quién vive?—le preguntó el centinela que estaba en la esquina de la iglesia de San Pedro y San Pablo.

Willey se quedó sin saber qué contestar: si libertad o religión.

Ignoraba quiénes habían ocupado aquel sitio, si Polkos o Puros, y permaneció perplejo.

En cualquiera otra ocasión hubiera contestado «México»; pero entonces, la infernal empresa que ocupaba su imaginación y la sorpresa, le ofuscaron el entendimiento.

—¿Quién vive?—volvió a preguntar el centinela.

El doctor, preocupado con la idea de que era preciso contestar religión o libertad, y temiendo responder lo que no convenía, se arrimó a la pared, y empezó a caminar hacia atrás para alejarse.

El centinela volvió a preguntar por tercera vez, y al no recibir respuesta, disparó su fusil, cuya bala pasó silbando por cerca de Willey.

Entonces, como si aquel tiro hubiese sido la señal del combate, empezó a cruzarse un vivo fuego de fusilería de una torre a otra, disparando sobre el primer grupo que se descubría.

El doctor no sabía qué dirección tomar.

Después de haber retrocedido a la calle del Reloj, no se atrevió a avanzar por la de Montealegre, porque al desembocar en la del Indio Triste, no le hiciesen fuego desde San Pedro y San Pablo, ni tampoco creyó prudente dirigirse por la de Santa Teresa, porque los centinelas que

guardaban las azoteas de palacio, podían verle y disparar sus armas sobre él.

Aguijoneado por el deseo de satisfacer su bastarda pasión, y temiendo a la vez recibir una herida que le impidiese conseguir sus fines, Willey no sabía qué resolución tomar.

El tiempo transcurría, y no acertaba a quién obsequiar si a su miedo o a su pasión.

Entre tanto, el fuego aumentaba, y Willey, para no pe-
recer, se colocó en el hueco que formaba una puerta.

Allí, replegado, y sin atreverse a hacer movimiento alguno, esperaba a que el tiroteo cesase para dirigirse inmediatamente en busca de un coche, pues a pesar del peligro en que se hallaba, no quería renunciar a los goces que se había propuesto disfrutar.

—He triunfado de Núñez, haciéndole desaparecer de la lista de los vivientes —dijo para sí—, y es preciso alcanzar esta misma noche las caricias de la que fué su amante, para que mi corazón quede plenamente satisfecho. ¡La venganza y el amor! ¡He aquí los goces positivos de mi alma!

Y halagado por esta infernal idea, casi se olvidó del peligro que corría su vida.

Soledad, entretanto, le esperaba impaciente.

Anhelaba ver al hombre que creía se había huido de la injusta prisión en que fué encerrado, y temía que el doctor, ocupado en visitar enfermos, hubiese dejado para otro día la entrevista que don Félix había solicitado.

—Seguramente no ha encontrado coche —pensó—; el temor sin duda habrá obligado a los cocheros a retirarse antes de la hora acostumbrada. ¡Y qué dirá don Félix, ese desgraciado hombre que me espera para comunicarme alguna cosa importante, y cuya permanencia en el sitio que se ha elegido podría comprometerle! ¡Si yo pudiera ir sola..., pero imposible...! El barrio a donde me cita en su carta está muy retirado... Y sin embargo, si el doctor no viene, tendré que ir sola, sí..., sola. Tal vez la vida del que en un tiempo me salvó del poder de mis raptos, depende de este paso...

Y Soledad se puso a coser para que el tiempo se le hiciese más ligero.

El fuego de fusilería había cesado completamente en la ciudad.

El silencio más profundo volvió a reinar por todas partes, interrumpido solamente por el grito de ¡alerta! que los centinelas pronunciaban cada media hora.

El reloj de San Diego empezó a sonar la hora.

Soledad suspendió la costura por un instante, y se puso a contar las campanadas.

—¡Las nueve! —dijo levantándose, y dejando sobre la silla lo que estaba haciendo—. ¡No parece aún! ¿Qué haré? Si hubiera una persona que me acompañase... ¡Ah!, tal vez se prestaría a ello el padre de mi antigua criada; ese pobre albañil a quien he encontrado siempre dispuesto a servirme... Sí; voy a suplicarle que me acompañe...; por fortuna vive en la casa de enfrente...

Soledad se dispuso a salir cuando oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

—¡Es él! —exclamó llena de regocijo.

La llegada de Willey era para Soledad, en aquel momento, el asunto de más importancia.

Le creía un amigo fiel y sincero; uno de esos hombres llenos de abnegación que ahogan sus intereses en aras del amor y de la amistad; un fiel abogado y confidente del joven que había conseguido fugarse de la oscura prisión.

¡Desdichada! No sabía que era la serpiente que adormece a su víctima para devorarla; el lobo disfrazado con la piel del cordero para inspirar confianza y saciar su apetito. Ignoraba que el desventurado don Félix estaba sentenciado a muerte, y que el infame por quien iba a sufrirla, era el mismo que ella, con indecible afán, esperaba.

El coche se detuvo de repente.

La joven, impaciente por llegar pronto a donde creía que don Félix la esperaba, se puso el rebozo, cerró la débil puerta de su casa, y salió a la del zaguán.

El coche no se había detenido allí.

Acababa de hacer alto en la casa precisamente en que vivía su antigua criada.

Soledad, creyendo que el doctor se hubiese equivocado, se dirigió a donde estaba el carruaje.

En aquel momento se abrió la portezuela, dando salida a un hombre, en cuyo rostro estaban pintados el dolor y la aflicción.

La joven se acercó a él, y quedó abatida al ver que no era Willey. En el mismo instante bajó del coche otro personaje.

Era un sacerdote de faz dulce y aspecto venerable.

Soledad dejó escapar una exclamación de júbilo al verle.

El padre levantó la vista al escuchar aquella voz, y pronunció, admirado, el nombre de la joven. Era el padre Enrique, a quien tantos favores debía.

Casi al mismo tiempo llegó al sitio de la escena otra

persona que se quedó oculta detrás del coche con objeto de escuchar sin ser vista.

—¡Qué felicidad la mía, que al fin le vuelvo a ver a usted, padre!—exclamó Soledad, besando respetuosa la mano del sacerdote.

—Lo ha hecho la Providencia que me ha traído a confesar a un moribundo y a permanecer a su lado toda la noche.

—¡Cuánto bendigo este encuentro! ¡Tengo tanto que decirle...! ¡Me han pasado tantas cosas desde que dejamos de vernos!

El hombre que se había ocultado detrás del coche, dejó ver en su rostro una señal de temor.

—Señor —exclamó el que había bajado con el padre—, la moribunda necesita de los auxilios de usted.

—Sí, entremos —contestó el padre Enrique; y luego, dirigiéndose a Soledad, añadió—: Vaya usted a verme mañana a las diez, a la iglesia, como en otro tiempo, porque tengo importantes cosas que comunicarle, y anhelo escuchar las suyas.

—Iré, padre mío.

—Adiós, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

El hombre que acompañaba al sacerdote, después de sacar una moneda y entregársela al cochero, entró en la casa diciendo al auriga que podía retirarse.

Aun estaba la joven mirando hacia el interior del zaguán por donde marchaba el padre, cuando el hombre que había estado detrás del coche, se presentó como si acabase de llegar.

—¿Está libre el carruaje?—preguntó, dirigiéndose al cochero.

Soledad volvió la cabeza al escuchar la voz del que hablaba, y dijo llena de placer:

—¡Ah! ¡Por fin ha llegado usted, señor Willey!

—¿Usted aquí?—exclamó el doctor, fingiendo asombro, y como si no hubiese reparado antes en la joven.

—Sí, señor; me hallaba impaciente por su tardanza, y al escuchar ruido de coche, salí de mi casa creyendo que usted la habría equivocado.

—Nada de eso; mi corazón no se equivocaría ni aun en medio de la mayor oscuridad. El motivo de mi tardanza ha consistido en que he recorrido todas las carrocerías sin que encontrase dispuesto un coche.

Y era verdad. Willey, en cuanto cesó el fuego, salió de

la puerta en que, por decirlo así, había estado embutido, y se dirigió a distintas carrocerías, sin que nada consiguiese.

Entonces, resuelto a no abandonar su empresa, se propuso conducir, aunque fuese a pie, a su víctima; pero la casualidad hizo que al llegar a la calle en que vivía Soledad, descubriese aquel carruaje y se acercase a él con el objeto de tomarlo.

La voz de Soledad y del sacerdote, que reconoció al instante, le hizo que se ocultase de los dos para no ser visto.

—¿Está libre el coche?—volvió a preguntar al auriga.

—Sí, señor.

—Pues condúcenos a la calle de C...

—¿Y cuánto me da su merced?

—Lo que gustes, hombre; pero llévanos aprisa, porque me interesa llegar pronto.

—Pues serán tres pesos, señor amo; porque ya ve su merced que es noche de «pronunciamiento».

—Bien, bien; te daré los tres pesos; pero vuela.

—Corriente, suban sus mercedes, señores amos.

Soledad, bien ajena de pensar el infame intento de Willey, entró en el coche contenta y agradecida.

El doctor sintió en su pecho el placer de los réprobos al verla en su poder; subió de un brinco tras ella; cerró la portezuela, y diciendo al cochero que echase a andar, se sentó al lado de la confiada joven, saboreando interiormente los placeres que le iba proporcionar su infamia.

El cochero aplicó el látigo a las mulas.

El carruaje rodó inmediatamente con dirección al punto indicado por Willey.

El grito de «¡alerta!», repetido de torre en torre por los centinelas de uno y otro bando, indicaba el estado de alarma de la ciudad.

Uno que otro tiro aislado, disparado al acaso, hacía pavorosa la noche, y mantenía las calles desiertas y silenciosas.

Soledad se estremecía a cada disparo de fusil.

El cochero marchaba por calles retiradas, y dando un gran rodeo, hacia la casa que le habían indicado, para no pasar por donde se hallaban las fuerzas contendientes.

Soledad ansiaba el momento de llegar a donde creía le esperaba Félix.

El doctor anhelaba lo mismo, para satisfacer sus bastardas pasiones.

El ángel confiaba.
El demonio, aprovechándose de esa confianza, le conducía a la ruina.

CAPITULO X

Una buena madre

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Qué tienes, querido Leopoldo? —decía una anciana, acercándose cariñosa al joven pintor que se encontraba en su estudio con la cabeza inclinada sobre el pecho, sentado junto a una mesa llena de bocetos y pinceles, y meditabundo.

—¡Nada, madre mía, nada! —exclamó con melancólico acento el artista, besando con respeto y ternura la mano de aquella excelente mujer que mostraba en su semblante el interés más intenso.

—¡Nada! ¡Dios lo quiera! Pero hace muchos días que no coges tus pinceles..., que tienes abandonado el cuadro de «La Adoración de los Magos», obra de tu predilecto modelo Pablo Veronés.

—¿Y cómo quiere usted que mi mano se ocupe en trazar las bellezas de esa obra, cuando mi corazón está abatido, triste y sobresaltado? En vano hago esfuerzos inauditos para ocuparme de ese divino arte que ha formado las delicias de mi vida, los ensueños de mi juventud. Entre el lienzo y mis pinceles se interpone constantemente la imagen hechicera y melancólica de la mujer que adoro, sonriendo tristemente como el ángel de la ausencia que viene a dar el triste adiós de despedida.

—¿De despedida, Leopoldo?

—¡Sí..., madre mía! ¡Clotilde no puede vivir ya por mucho tiempo! ¡El fuego del amor contrariado, ha debilitado su existencia, que se evapora como el aroma de las flores, sacudidas por el astro abrasador! ¡Ya no hay esperanza! ¡Su salud ha ido empeorándose cada día, cada hora, cada instante, y cuantos la ven y la asisten están persuadidos de que va a morir! ¡Morir ella! ¡ella que es la vida de mi vida...! ¡el alma de mi alma...! ¡el sostén de mis ilusiones, de mi esperanza! ¡Morir ella que no ha vivido aún, porque la vida es el amor..., la posesión del objeto amado! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Para qué quiero vivir si ella muere? ¿Qué me queda en el mundo si ella desaparece de él? ¡Ah!

Si ella muere, yo moriré también; sí, yo moriré de pena, de dolor y de aflicción.

—¿Y qué será de esta pobre anciana, si tú mueres, hijo mío? —dijo conmovida y triste la afligida madre del artista—. ¡Dices que nada te queda sobre la tierra si ella muere! ¡Y yo, que te quiero tanto..., que daría la vida por ti, nada soy!

—¡Ah! ¡Perdóneme usted, madre mía! —exclamó Leopoldo levantándose y abrazando tiernamente a la anciana—. ¡El dolor ha trastornado mi razón! ¡Sí; procuraré vivir para usted..., para usted sola, que es la más buena de las madres! No soy un hijo ingrato y desnaturalizado, rebelde a los tiernos sentimientos de la naturaleza. No, madre mía... Yo viviré para cuidar de usted..., para consolarla..., para hablar a todas horas de las virtudes de Clotilde, de su amor, de sus desgracias... y ella desde el cielo nos contemplará a entrambos, y sonreirá de placer y de alegría, y bendecirá mis cuidados, mi cariño hacia usted.

—Sí, Leopoldo, sí: las almas de los seres que nos han amado en la tierra, se regocijan de las nobles acciones del ser que amaron, y sienten aumentarse los grados de su felicidad eterna, al contemplarlas desde el cielo.

—Sí, sí; es cierto. Yo procuraré vivir para pensar en usted y en ella... Su hechicera y celestial imagen, fija siempre en mi fantasía, la reproduciré en todos los cuadros de mis vírgenes y mis santas, como lo hacía el divino Rafael con la imagen de su amada, y las lágrimas arrancadas por mis amorosos recuerdos dulcificarán la grata pena de mi corazón.

—Pero no pensemos en la muerte de Clotilde, sino en la felicidad de que algún día debemos esperar para disfrutarla a su lado.

—¡Felicidad para mí! —dijo tristemente Leopoldo.

—Cierto que sí. ¿No salvaste la vida de don Emilio, de Inés y de Clotilde, exponiendo la tuya, al detener el coche que se hubiera estrellado contra el Portal de Mercaderes?

—¡Ah!, sí. El cielo dispuso que yo pasase en aquel momento, para que no pereciese el ser cuya muerte me hubiera costado la existencia.

—¿No te dijo el señor Landeta que anhelaba que se probase la inocencia de tu honrado padre, para unirte a Clotilde, de quien te juzga digno?

—Sí, madre mía.

—¿Por qué, pues, no esperar en la felicidad?

—Porque...